

Nilo Casares

El arte es como todo, cuestión de método, no tanto de ponerse a hacer cuanto de hacerlo desde la decisión de un propósito final que, en el caso de Juan Castillo, pretende saber qué sea eso que la teoría se plantea muy de tarde en tarde porque es mejor no mentarlo, no vaya a ser.

Cada vez que uno va a la teoría a preguntar qué es el arte, aquella sale por la tangente que mejor le venga en ese momento, casi con seguridad una de las modas que imperan en los días en que planteas la pregunta que te deja tan insatisfecho como lo hará la próxima respuesta a la misma pregunta realizada un tiempo después y con la misma ansiedad por querer ordenar la serie de objetos, comportamientos, construcciones, procesos o lugares con que el arte de hoy nos rodea para que comprendas que el arte no es más que el intruso invitado a tu vida para que cambie, deje de ser la misma por otra: el intruso que cambia tu sintonía con lo real, el que te empuja a dejar tus inercias para entrar en otras. Dicho así es como no decir nada, pero claro, me columpio en la teoría que siempre posee una dosis de elevación notable y una falta total de compromiso con su objeto de estudio, porque si algo he aprendido después de años de escolarización es que el saber sirve para asustarte y poco más, puesto que nunca me ha ayudado a comprender nada de lo que ocurre a mi alrededor, para poder averiguarlo me he tenido que valer de los recursos que me ofrecen los días a cada paso que doy por las calles de la ciudad.

Sí, todavía sigo viendo la ciudad como ese terreno hostil donde todo se salva a través de procesos de intercambio lingüístico (dejando expreso que el lenguaje no sólo tiene naturaleza verbal) entre los que destacan las conversaciones de bar.

Porque la obra de Juan Castillo, conversador notable, la tengo por hija de una mesa bien regada a la que se van añadiendo gotas y notas de confianza con el hablante para extraer de él todo aquello que no le diría a su médico de cabecera. Lo veo como el último naturalista y si Zola sustituía las ocurrencias de la palabra médico en el método empleado por el doctor Claude Bertrand por escritor, yo en Castillo sustituiría despacho, consulta o taller por calles, bares y avenidas, los sitios donde pasan las cosas y se dan, y en donde puedes preguntarle a la vida, ¿qué demonios tiene que ver con el arte, si el arte anda por ahí o se esconde en los palacios institucionales?

La cosa es bien sencilla, o no, el arte quiere saber qué sea el arte, visto que desde fuera nadie resuelve el problema; es decir, ya que los teóricos se lucen con su habitual morosidad comunicativa en un sinfín de frases más o menos correctas desde el punto de vista gramatical (lo que los lógicos llamarían frases bien formadas), por qué no consiguen explicar qué sea el arte ni conseguimos verlo por ningún lado después de leer sus minuciosas, y mejor intencionadas, investigaciones. Por qué, después de leídas, no se acercan lo más mínimo a la realidad del arte, por qué sus respuestas siempre resultan tan lejanas y los objetos dictados por sus estudios más alejados todavía del terreno que pisa el hombre de la calle. A estas preguntas caben muchas respuestas, pero lo cierto es que Castillo, harto de que todas ellas sean insatisfactorias emprende su propio método de investigación y se baja a las calles, no a la calle en abstracto sino a todas las calles posibles para tratar con el paisanaje y dejar que este le dé una idea aproximada de qué pueda ser eso que el mismo Castillo persigue: el arte.

Su método ya es en sí mismo un despropósito, pues no podrá nunca establecer contacto con todos los hablantes, pero claro, eso lo comprendí más tarde, en realidad no está buscando la definición exacta de qué sea el arte, sino el reflejo que su sola mención tiene en las personas interpeladas, algo que entendí mucho después de ver la sucesión de entrevistas registradas con rigor en unas investigaciones que no tienen pretensión canónica, no sería posible, pues ir a la búsqueda de la definición por extensión de todos los casos posibles es una tarea que falla desde su misma raíz.

Tardé en hacerlo, pero por fin comprendí que Castillo lo que busca es el contagio del entusiasmo que se da cuando vemos a otros hablar sin complejos de qué sea el arte, porque cualquiera puede responder a una pregunta tan grave. Le recuerdo al lector que los tratadistas que se enfrentan al tema lo hacen con mucha cautela y muchas más páginas de por medio con las que justificar su falta de conocimiento sobre el asunto, una cuestión que lo pone a uno contra las cuerdas cuando se la plantean, no tanto porque uno haya leído mucho cuanto porque le suena que la pregunta es de las difíciles, bien que Castillo aquí emplea el truco de librarnos de toda responsabilidad con un ¿qué es el arte para ti?, ya que así planteado, uno se ve absuelto del afán de sentar cátedra y la investigación se sigue manteniendo en los términos en que para Castillo son acertados, los que nos proporcionan las conversaciones de calle y bar (justo los mismos que sirven a un santón de la investigación punta para descalificar una respuesta, ¿pero no estamos tratando de acercarnos al arte que llena nuestras vidas?, porque si la vida no está en las calles ni en los bares, menos la imagino en los despachos y consultas donde te reciben con bata blanca, ahí sólo veo el anticipo de la muerte).

Tardé en comprender que lo buscado era la transmisión del entusiasmo a través de una especie de conocimiento bastardo, de una infiltración en el territorio de la investigación teórica desde los presupuestos del conocimiento llano, porque creí, desde mi fobia a los procesos académicos de investigación sobre la realidad, que la postura de Castillo era un método de andar por la calle para resolver la pregunta a la que nadie responde. Durante mucho tiempo estuve más interesado por el proceso de entrevista que por la exhibición de su resultado y sólo cuando dejé de fijar mi atención en las sucesivas entrevistas, sobre la infinidad de entrevistados a los que va dando cancha para expresarse, reparé en que lo importante era la síntesis de todo el proceso de investigación realizada bajo la forma de documental proyectado entre las mismas calles por las que callejean los protagonistas de sus entrevistas; es decir, en ese momento acerté a ver que el fin real era devolver a las calles lo que las calles dicen, fue entonces cuando logré ver que el fin primero y último de todo el proceso es el contagio del entusiasmo en el que te ves implicado por vecindad y familiaridad lingüística.

Si el que responde pisa las mismas calles que tú, o bebe en los mismos bares en que a ti te dan de beber, comparte el mismo deje, casi con seguridad lleva una vida parecida, porque las ciudades nos tienen compartimentados por áreas y los residentes en la misma zona somos mucho más parecidos de lo que pensamos, de forma que el modo de expresión y las referencias empleadas serán mucho más cercanas que las lecciones dictadas por el investigador punta, porque reconoces las palabras, las entiendes casi al dedillo y llegas a compartir algunas respuestas; además está el reconocimiento de los rostros, porque saber quien te habla ayuda a comprender y simpatizar con lo dicho, todo ello favorece el contagio y tal vez se consiga. En cualquier caso, lo que seguro sucede es que la farragosa pregunta para la que nadie tiene respuesta, se transforma en fácil de responder y para la que cualquiera tiene palabras y soluciones,

algo que baja de forma radical la pregunta sobre qué sea el arte desde los palacios institucionales a las calles; ya no es cosa de un tratado interminable poblado de anotaciones al pie de página, sino algo habitual de lo que todos tienen experiencia diaria y palabras con que referirlo por su cotidianidad, así deja de ser visto como algo especial sólo posible a determinadas horas en los sitios habilitados al efecto, porque mucha gente lo tiene en casa o sabe donde ir a buscarlo como lo demuestra la familiaridad con que lo manejan en su vocabulario, bien lejos de los palacios institucionales (de la investigación sobre el arte y de su exhibición).

Comenzaba afirmando que el arte es cuestión de método, al menos en Castillo, y en el tiempo de este excursión por la obra del autor referido he podido, con asombro para mí, comprobar que el método de Castillo no está pensado para saber qué sea el arte, algo que por ejercicio conoce de sobra, ni tan siquiera llevarnos al conocimiento de lo que para otros sea el arte por la acumulación de todas las respuestas, sino que su método consiste en extraer el entusiasmo que puebla calles y bares para revertirlo sobre esos mismos lugares los días en que parece desterrado. En definitiva, la serie de proyecciones documentales sobre respuestas sencillas a qué sea el arte, llevada a las mismas callejas que la alumbran, es el empeño por contagiar el entusiasmo a las calles que quedan fuera de los palacios institucionales y por las que el arte, como la vida, pasa a todas horas.